
Jorge Ibargüengoitia y la edición de la historia

David Miklos

Mi puerta de entrada a la literatura mexicana fue la obra completa de Jorge Ibargüengoitia. Estaba yo a punto de transformarme en un adolescente cuando un amigo me lanzó un libro a las manos con la consigna de “Lee esto.” En la portada, se veía a una mujer llena de curvas y redondos atributos. Lo primero que pensé es que se trataría de algún cómic, ya que el sello que publicaba la obra en cuestión era Novaro, el mismo sello que aparecía en las revistas que yo leía por entonces.

Pero no.

Todo era texto allí adentro, un par de centenas de páginas sin nada más que letras (y ningún otro retrato de la curvilínea fémina ya descrita). Así las cosas, leí el libro prestado. La lectura me emocionó. Más aún: me excitó. Y tanto me excitó que me empeciné en conseguir todos los libros escritos por su autor. La novela, aparecida en 1976, era *Estas ruinas que ves*, firmada por un tal Jorge Ibargüengoitia, nacido en Guanajuato allende 1928.

Pasé un verano entero en su compañía, sólo para descubrir que no todos sus libros eran del mismo corte ni tenían las mismas portadas de falso cómic. La mayoría habían sido bautizados por el hoy extinto sello de Joaquín Mortiz. Algunos llevaban como ilustración alguno de los cuadros casi abstractos de Joy Laville, una pintora inglesa que se había emparejado con el escritor que me tenía obsesionado.

Recuerdo que, en aquella época, me fue imposible conseguir uno de los libros que se mencionaban en solapas y textos de cuarta de forros: *Viajes por la América ignota*. Y recuerdo, también, que su más reciente novela resultó ser la última: *Los pasos de López*. Calculo que el año era 1982 o 1983 y yo estaba por cumplir 13 años.

Para ese entonces, Jorge Ibargüengoitia ya no estaba más entre nosotros: había muerto en un avionazo en Madrid, muy cercano a París, la

ciudad a la que, por fin, había logrado mudarse junto con su mujer pintora de casi abstracciones.

Dos décadas y un año después de mi encuentro con la obra de Jorge Ibargüengoitia el azar y la fortuna me llevaron a entrevistarme con Jean Meyer, quien me invitó, a pesar de no ser yo historiador, pero sí editor y escritor, a convertirme en el jefe de redacción de esta revista.

Llevo más de un lustro y tres cambios de cubículo allí –es decir: aquí–, en compañía de un grupo variopinto de historiadores que, dada la proximidad, me hacen sentirme historiador, aunque no sea más que un mero narrador, más cercano a la maleable ficción que a la sólida historia, volcada en archivos y documentos que no dejan de reproducirse y ofrecer nuevos datos y hechos que le dan sustancia, como la levadura, a la siempre efervescente Historia.

Hace un par de años, uno de mis colegas, discípulo de Friedrich Katz, se mostró ofendido por la aparición de una “nueva” biografía narrativa de Pancho Villa, en la que se citaba a su maestro como si fuera un mero sazonnador de nuestra historia mexicana y no uno de sus mayores estudiosos, autor de una obra trascendental y peso pesado allí donde los haya. Ensañado con el narrador vuelto “historiador”, pasó a mentar madres sobre algún otro escritor oportunista que había visto en no sé qué prócer la oportunidad para ganarse unos pesitos.

El caso es que de su desencuentro con la seudohistoria nació una amistad que hoy me es cara en extremo, además de que me hice de un colaborador frecuente y de alta valía para la publicación que edito. Volveremos a este punto más adelante.

Desconfío de cualquier novela a la que se le cuelgue un subgénero, asunto que tiene que ver más con el mercado editorial que con la propia literatura. Mi desconfianza crece aún más cuando un autor, conocido, digamos, por sus cuentos o por sus habilidades como gestor cultural, es convocado por una editorial a escribir una novela sobre tal o cual prócer de nuestra historia y, sin más, acepta.

Así las cosas, la simple mención de la novela “histórica” me produce sarpullido. Se entenderá que, desde el año pasado, es una afrenta entrar a las librerías del país y encarar las mesas de novedades, habitadas por libros más oportunistas que oportunos, ahora que el Centenario/Bicentenario de

la Revolución/Independencia de México ha abierto, sin recato, las compuertas de los merchafifles editoriales que ya son legión.

Hay excepciones, sin embargo, pero son escasas y muchas de ellas representan rescates importantes de tales o cuales autores que, en su momento, no fue conveniente promover. Tal es el caso de Rafael F. Muñoz y Nellie Campobello, villistas de corazón, cuyas obras de ficción testimonial han salido a la superficie gracias al esfuerzo de uno de los últimos bastiones de la vieja edición independiente mexicana, sito en Tlalpan: el cada día menos omnipresente sello Era, cuya militancia ha traspuesto el umbral de la medianoche.

Más allá de la mancuerna citada, hay autores cuya permanencia sorprende y se agradece. Uno de ellos, el que estas palabras anima, es el ya mencionado Jorge Ibargüengoitia, autor de media docena de novelas fundamentales de la literatura mexicana de la segunda mitad del siglo pasado.

Una de ellas, *Los relámpagos de agosto*, me parece una excelente muestra de la novela que, por comodidad, muchos llaman histórica, si bien no fue escrita de manera deliberada como tal.

Cedámosle la palabra a don Jorge:

Lo que me interesa al escribir es presentar la realidad según la veo. De eso se trata: es la vida lo que me fascina. Es fascinante, por ejemplo, que en La Bombilla, un restaurante muy agradable que estaba donde ahora está el monumento a Obregón, se le haga una comida al Presidente de la República y llegue un tipo, se meta al banquete y haga caricaturas durante toda la comida (porque hubo sopa y luego cabrito y luego frijoles y la trompeta) y a la hora de los frijoles le de siete balazos. Eso puede ser maravilloso. Pero al mismo tiempo estoy hablando de un mundo que ya no existe, porque México no sólo ha cambiado rápidamente sino que se ha perdido. Es un país que no está escrito. Francia, por ejemplo, lo está. Es un país que tiene obras como las del Marqués de Saint-Simon, que era un viejo ridículo que se molestaba porque alguien pasaba delante de él en un coche y lo escribía. Nosotros no tenemos nada. El problema de México es que no tiene historia.¹

¹ Tomado de una entrevista con Aurelio Asiain y Juan García Oreyza, aparecida en el número 100 de *Vuelta*, allende marzo de 1985, aunque realizada en 1978 y aparecida, originalmente, en el octavo y último número de la revista *Guernica*. Al lector frecuente de *Istor* las palabras citadas aquí —así como un poco más adelante— le resultarán familiares, ya que recurrí a ellas en mi reseña del *Expediente del atentado*, de Álvaro Uribe, en el número 35 de la revista.

Mucho antes de que los editores ensalzaran a los autores y los provocaran –o los tentaran, mejor aún– a escribir novelas sobre los próceres de nuestra nación, la novela histórica mexicana encontró a su mejor representante en Ibargüengoitia. Son *Los relámpagos de agosto* (1965) y la ya citada *Los pasos de López* (1982), en su recreación y comicidad, obras logradas en las que la Historia, revestida de ficción, muestra sus verdaderos matices.

La primera, ya se sabe, es una novela sobre la Revolución mexicana; no tanto sobre la revuelta, sino acerca del devenir del proceso iniciado en 1910, en voz de uno de los tantos generales beneficiados por la institucionalización de la lucha.

La segunda, esa sí, es una versión alternativa de lo ocurrido en los momentos previos a la gesta independentista, trasladados los personajes reales de la afrenta a las criaturas que Ibargüengoitia bautizó con nombres fruto de su sabio humor negro.

Guanajuatense, el novelista supo reproducir los avatares de la tradición oral de su terruño, para así ofrecer a los lectores un relato insólitamente fidedigno en su ficción. Con sendas novelas, Ibargüengoitia se convirtió en un puntilloso y moderno crítico del estado de las cosas en la Historia mexicana y su tratamiento de los héroes, mitos, hechos y leyendas que la componen.

Escuchémoslo de nuevo:

Tengo dos corrientes. Hay una parte de mí que quisiera contar mi vida y hay otra que quisiera contar cosas que no tienen nada que ver con mi vida. La mayor parte de mis novelas se refieren a esa clase de cosas. Por ejemplo, hay una en la que el personaje principal es un personaje revolucionario mexicano, que no soy de ninguna manera. En otra hay un tirano, y el asesino de un tirano, que tampoco soy (y espero no tener que serlo). En otra hay madrotas y prostitutas. Todo eso lo veo de lejos, apenas tiene que ver con mi vida. Yo nunca he entrado en un burdel de manera tan consuetudinaria como para conocer los enredos que hay entre las putas y las dueñas. Me lo imagino. Tampoco he sido general, no he estado nunca en el ejército, pero me imagino lo que sería un general mexicano en 1928 y me interesa mucho. ¿Cómo funciona un general? Funciona, en último término, como uno mismo. Todos somos humanos y podemos saber cómo funciona el resto de la gente: si me hacen tal cosa, reacciono de cierta manera, si me hacen tal otra reacciono de tal otra. Así que si uno es ma-

drota, general o tirano, es igual que Jorge Ibargüengoitia, que no es ni madrota ni general ni tirano.

Luego de leer esto, pienso en Marguerite Yourcenar, que no es emperador romano, pero sí escribió las *Memorias de Adriano*. O bien, me viene a la mente Antonio Di Benedetto, autor de *Zama*, quien no fue un asesor letrado del gobierno colonial en Paraguay durante el siglo XVIII, pero sí uno de los mejores escritores desmarcados del comercial y caduco *Boom* latinoamericano.

Lo anterior va de la mano de lo que plantea el marxista húngaro Georg Lukács sobre la llamada novela histórica y que, de manera oportuna, se me apareció cuando preparaba esta lectura y, casualmente, abrí el número 137 de la una vez más renovada revista *Crítica*, ejemplo de persistencia editorial allí donde los haya.

En “La historia como artificio: Antonio Di Benedetto y Guillermo Blanco”, Felipe Oliver habla de dos novelas no-históricas que suceden en el pasado, nuestro pasado colonial, y que lejos de reproducir el lenguaje de la época o ser una retahíla de hechos vueltos ficción son ejercicios literarios puros y duros (y, por ende, poco comerciales, aunque este paréntesis es fruto de mi necesidad).

Pero volvamos con Lukács, allí citado.

En un puñado de palabras y para resumir el mamotreto que su propio autor tacha de “fallido”, si bien es el gran borrador de la teoría literaria marxista, Lukács dice que la novela histórica como tal nació en el siglo XIX con Walter Scott, fruto de una crisis social. Y tal es el sino de la novela que conocemos como histórica: la crisis y su representación a través de un personaje o serie de personajes que suceden más que como protagonistas, como rebaba del gran flujo y reflujo histórico (esta metáfora es mía, no de Lukács; nuevamente mi necesidad).

Pero volvamos con Ibargüengoitia.

Disfrazada de las memorias de un caudillo frustrado de las postrimerías de la reyerta iniciada en México en 1910, *Los relámpagos de agosto* es un breve divertimento con el que Ibargüengoitia inició su carrera como narrador, luego de una década como dramaturgo. Algo hizo bien nuestro autor que, en 1964, se llevó el Premio Casa de las Américas con este librito, pu-

blicado luego por Joaquín Mortiz en su magnífica Serie del Volador (siempre será penosa la muerte de este gran sello, deteriorado luego del manejo caníbal al que lo sometió el hambriento Grupo Editorial Planeta: no sólo le sacó el tuétano, sino que molió sus huesos y los deglutió sin dejar rastro de ese exquisito cadáver; pero salgamos del paréntesis y de mi necesidad, una vez más).

Lejos del tono deliberadamente existencialista que resuena en *Zama* de Di Benedetto (una amalgama de Camus y el *Nouveau Roman*, con Beckett espolvoreado aquí y allá), Ibargüengoitia recurre a una voz que no chista en relatarse sin mayores rodeos, la voz del General de División José Guadalupe Arroyo, sobre quien una nube gris se posa desde el inicio del relato y no lo abandona sino hasta el final, cuando no le queda más salida que el exilio.

Leamos el arranque de la novela, luego de la dedicatoria y el prólogo, en los que el protagonista se adueña del libro y su factura:

¿Por dónde empezar? A nadie le importa en dónde nací, ni quienes fueron mis padres, ni cuántos años estudié, ni por qué razón me nombraron Secretario Particular de la Presidencia; sin embargo, quiero dejar bien claro que no nací en un petate, como dice Artajo, ni mi madre fue prostituta, como han insinuado algunos, ni es verdad que nunca haya pisado una escuela, puesto que terminé la Primaria hasta con elogios de los maestros; en cuanto al puesto de Secretario Particular de la Presidencia de la República, me lo ofrecieron en consideración de mis méritos personales, entre los cuales se cuentan mi refinada educación que siempre causa admiración y envidia, mi honradez a toda prueba, que en ocasiones llegó a acarrearle dificultades con la Policía, mi inteligencia despierta, y sobre todo, mi simpatía personal, que para muchas personas envidiosas resulta insoportable.²

Este comienzo siempre me ha remitido a otro: “*If you really want to hear about it, the first thing you’ll probably want to know is where I was born and what my lousy childhood was like, and how my parents were occupied and all before they had me, and all that David Copperfield kind of crap, but I don’t feel like going into*

² Jorge Ibargüengoitia, *Los relámpagos de agosto*. México: Joaquín Mortiz (Serie del Volador), 1965, p. 11.

it, if you want to know the truth".³ Es, sí, el arranque de *The Catcher in the Rye* (Nueva York: Little, Brown and Company, 1951), el debut novelístico del recientemente fallecido J. D. Salinger, quien no murió prematuramente en un avionazo pero sí se desvaneció de la esfera pública apenas se convirtió en un clásico viviente de la literatura no sólo anglosajona sino mundial.

Lo mismo que el eterno adolescente Holden Caulfield, el perenne General de División José Guadalupe Arroyo es sometido a un rito de pasaje, en este caso una iniciación en la inacabada Historia reciente de México, cuyo punto de partida fue la Revolución de 1910 y sus varios frentes, desde el institucionalista hasta el social, pasando por el constitucionalista y el militar.

Y lo mismo que Caulfield, Arroyo es el símbolo o el arquetipo de lo que a Freud le dio por llamar "perverso polimorfo", es decir, un ente revestido de humano con una gran alergia a la madurez; un niño, para ser más llano.

Lejos de hacer una historia narrativa del Maximato, Ibargüengoitia se inventa a sus propios, múltiples y variopintos generales mexicanos, los sobrevivientes de los próceres Madero, Carranza, Villa y Zapata, en cuyas manos fue depositado el futuro de una revolución institucionalizada que, hoy lo sabemos, nunca terminó de consumarse.

Así, el fracaso de Arroyo no puede significar más que el fracaso de un incipiente sistema de gobierno que, sin la fuerza, nunca hubiera llegado a lado alguno, menos aún a la supuesta democracia que hoy nos contiene, narcos, ingobernabilidad y violencia aparte, a todos los mexicanos.

Pero dejémosnos de necias interpretaciones, volvamos con Ibargüengoitia y sus cómicos *Relámpagos*. Le dice Vidal Sánchez "con levita y banda tri-color en el pecho" a nuestro general Arroyo:

¿Sabes a dónde nos conducirían unas elecciones libres? Al triunfo del señor Obispo. Nosotros, los revolucionarios verdaderos, los que sabemos lo que necesita este México tan querido, seguimos siendo una minoría. Necesitamos un gobierno revolucionario, no unas elecciones libres (p.38).

³ Aquí la cita traducida por el que estas líneas firma: "Si realmente quieren escucharlo, lo primero que querrán saber es dónde nació y cómo fue mi mugrienta infancia, qué hacían mis padres y todo eso antes de que me tuvieran, y toda esa porquería tipo David Copperfield, pero no tengo ganas de hacerlo, por si quieren saber la verdad".

Cualquier parecido con la realidad, digo yo, es mera y literaria coincidencia... Más adelante, ya cerca del final, hay un episodio que me parece notable. Nos cuenta Arroyo:

Cuando estábamos discutiendo el plan de campaña en el tren en donde habíamos establecido el Cuartel General de la Fuerza Expedicionaria del Norte, nos avisaron que en un automóvil con bandera norteamericana había llegado Mister Robertson, que era el cónsul en Pacotas, y que quería hablar con nosotros.

—Si cae una bala de aquel lado del río —nos dijo Mister Robertson, que era un americano tan colorado que parecía que iba a reventar—, el Gobierno de los Estados Unidos le declara la guerra a México.

Nuestro plan de ataque suponía un bombardeo previo, hecho de tal manera que no iba a caer de aquel lado una bala, sino mil.

—Pero comprenda usted que si estamos tirando de aquí para allá, algunas balas se tienen que ir para aquel lado —dijo Trenza con mucha razón.

Por toda respuesta, el americano nos enseñó una carta del Departamento de Estado que, según el capitán Sánchez, que sabía inglés, decía efectivamente que nos declararían la guerra si se nos iba una sola bala.

—Siempre ha sido un país muy egoísta —le dije yo, que estaba enardecido.

—Ya estamos cansados de sus revoluciones —me contestó él.

Yo le contesté que no era ésa la manera de tratar a un país que había luchado tanto como México por la Justicia Social.

—Nos parece muy bien que ustedes luchen por la Justicia Social, pero si no nos dan garantías, los que vamos a ocupar Pacotas somos nosotros —nos dijo textualmente Mr. Robertson.

Trenza, que, cosa rara, ese día estaba muy conciliador, dijo entonces:

—Comprenda que si queremos abrir la frontera es porque vamos a comerciar con ustedes.

—Pues abran la frontera y comercien con nosotros —dijo el taimado yanqui, y repitió la cantaleta de que si una sola bala... los Estados Unidos..., etc.

Luego sacó un papel, que quería que le firmáramos. Era un compromiso de respetar las propiedades de los ciudadanos norteamericanos, y todo eso.

—Yo no firmo nada —dije. Y hasta tenía ganas de pasar por las armas a Mr. Robertson.

—Si no quiere usted firmar —me contestó—, el Ejército de los Estados Unidos ocupará Pacotas mañana mismo.

Entonces, Trenza firmó, Canalejo firmó y a mí no me quedó más remedio que firmar (pp. 95-96).

Nuevamente, cualquier parecido con la realidad y con nuestra tersa relación con Estados Unidos es mera y literaria casualidad... *Remember Columbus, Villa and Mr. Pershing? Remember El Alamo? Remember NAFTA or TLCAN? Remember Arizona?* Todo ha cambiado y nada ha cambiado; y he allí la gracia de los *Relámpagos* de don Jorge, que no necesita, no en sus páginas, recordarnos la expedición punitiva que llevaron a cabo los yanquis luego de que Villa y su ejército atacaran Columbus, Nuevo México, nada más para tocarle los *destos* al tigre, molestar a Carranza, etcétera.

Hechas estas reflexiones y leídas estas citas de la novela que aquí nos tiene reunidos, volvamos con aquel colega mío del CIDE al que le provocan malestar y sana inquietud las novelas biográficas e históricas de próceres adulterados por la ficción.

No hace mucho, apareció un número de *Istor* dedicado a la Historia y la ficción. Originalmente, publicaríamos un par de textos dedicados al par de novelas no-históricas de Jorge Ibargüengoitia. El primero versaría sobre la historia oral de nuestra Independencia –no olvidemos la procedencia de nuestro autor, entendido en mitos y leyendas guanajuatenses– y la creación de *Los pasos de López*, genial versión alterna de la lucha emprendida por el cura Hidalgo y compañía; el segundo, tendría como eje *Los relámpagos de agosto* y la lectura que hiciera Ibargüengoitia de nuestra Revolución. El primer texto nunca llegó a nuestra mesa de redacción; el segundo, sí. Y decidimos que abriera el Dossier y las páginas de nuestra edición número 35, allende el invierno de 2008.

Ya desde su título, el ensayo que nos entregó Luis Barrón es elocuente y pone las cartas sobre la mesa: “Los relámpagos críticos: la revolución de Jorge Ibargüengoitia.” En suma, ya adentrados en el texto, lo que Barrón nos dice es que tenemos que distinguir –y disociar– la labor del novelista y el oficio del historiador, algo así como el agua y el aceite entre los que se tiende una línea de tensión superficial (nuevamente, la necia metáfora es mía, no de mi colega). Pero lo más importante, Luis resalta un dato: *Los relámpagos de agosto*, la novela revolucionaria de Jorge Ibargüengoitia, no está incluida dentro del canon de la novela mexicana de la Revolución o novela de la Revolución mexicana (lo mismo que las *Memorias de Adriano* no forman parte del corpus de la historia romana ni *Zama* de la historia colonial, periodos muy lejanos al decimonónico lukacsiano en el que nace –y casi perece– la llamada novela histórica).

Para nuestra fortuna —es decir, para la fortuna de los aficionados a la literatura pura y dura, alérgicos a los subgéneros y amantes de la monolítica aunque veleidosa novela—, la obra de Ibargüengoitia se inscribe, sin más, en el rubro de la ficción, si bien es una ficción contestataria que, desde su tiempo y mediante el eco del pasado, nos sirve para cuestionarnos el momento presente desde dos frentes: el literario y el político (aunque para algunos críticos política y literatura no sean más que sendas expresiones de la misma cosa).

Permiso para una digresión, afuera de los necios paréntesis: ¿no podríamos decir, desde esta misma perspectiva, que *El complot mongol* de Rafael Bernal es, a su modo, más una novela “histórica” que una novela negra, tan actual hoy como en 1969, cuando vio la luz por vez primera? Ficción aparte y lo mismo que los *Relámpagos* de Ibargüengoitia, el *Complot* de Bernal retrata una realidad, a través del artificio de un protagonista que le presta el yo de su primera persona, que parece no haber caducado y que, más allá del presente, abren ante nosotros la inquieta ventana del futuro. Aquí no nos queda más que emular a Filiberto García —quien para más señas es el asesino de un general villista— y, para salir de la digresión, decir: “¡Pinche novela histórica!”.

No me queda más que decir algo que sonará simplista, aunque mi ánimo sea más bien simplificado: creo que la literatura pura y dura, como la que aquí nos convoca, es aquella que, a través del lenguaje y sus formas, es capaz de traer a nuestro presente su propio y particular presente, con miras a cuestionarnos su rol y su descendencia en el futuro.

¿De qué nos sirve, hoy, la deliberada y editorialmente llamada novela “histórica” si no es más que un refrito de la novela histórica del siglo XIX,⁴ fruto de una crisis sociohistórica que en realidad no nos atañe? De nada, respondo, más que para habitar, fugaces, las mesas de novedades y satisfacer el ánimo oportunista de los editores y, peor aún, los autores que responden al canto de estas falsas sirenas para ganarse unos pesitos y luego perderse en las entrañas de alguna trituradora o en el olvido concentrado de una librería de viejo.

La novela que a nosotros nos interesa, aquí, es la novela que no sólo critica sino que trasciende a su tiempo, como sucede con *Los relámpagos de*

⁴ Esta observación se la debo a Antonio Ortuño.

agosto y *Los pasos de López*, las novelas revolucionaria e independentista, respectivamente, de Jorge Ibargüengoitia, autor que, para nuestra desgracia, no ha tenido descendientes ni sucedáneos. Aunque tal vez sea mejor así, ya que corremos el riesgo de que algún editor nos salga con la cantaleta, vertida en alguna solapa o fajilla, de que estamos ante el “nuevo Ibargüengoitia” que tanta falta nos hace.

En esta época de centenarios, bicentenarios y biografías noveladas, la voz de Ibargüengoitia aparece, rediviva, como un remanso. O como un oasis de permanencia ante la fugacidad coyuntural de las obras de los siempre oportunistas y efímeros mercachifles, esa cínica rebaba de la Historia.

Y de la literatura.

Y, más aún, de la edición. ❧